

PARA PENSAR



mo es el cuerpo con sus instintos y necesidades, el afecto con el poder de recrear el mundo interior y descubrir la resonancia afectiva, el espíritu con su poder de donación e intimidad y, por fin, la misma gracia de Dios que entra en todo lo humano y lo transforma haciendo del amor conyugal verdadera caridad conyugal.

Todos estos dinamismos no se encuentran armonizados por naturaleza, por lo que en ocasiones se contraponen entre sí, pidiendo cosas diversas, dividiendo nuestra subjetividad. Entonces nos damos cuenta de la necesidad de integrar todos nuestros dinamismos para poder amar en totalidad a la persona. No basta sólo con decidirse, porque el amor entre un hombre y una mujer implica la corporeidad y el afecto y la voluntad, y no sólo de uno, sino de dos personas: si todos estos dinamismos no están coordinados, el querer se verá falto de luz con la que iluminar el camino concreto, y de energía para recorrerlo y terminará por refugiarse en modos estereotipados de amor.

La experiencia afectiva descubre un horizonte formidable de sentido a la persona. Pero ahora es preciso que la persona plasme este sentido en su propia afectividad, configure su mapa interior en relación al sentido descubierto, afine su teclado afectivo para que sea capaz de reaccionar bien. Aquí está el gran reto del noviazgo: construir la subjetividad de los amantes. La virtud de la castidad es, precisamente, esta armonización y plasmación de la propia interioridad. No es primeramente continencia, ni menos aún represión del instinto, ni negación de la energía vital. Es principalmente la energía y luz del amor que integra al sujeto en todos sus dinamismos haciéndolo capaz de construir la comunión de personas entrevista en su experiencia afectiva, porque le da la capacidad de inventar acciones verdaderamente excelentes en las que expresar recíprocamente su mutuo amor.

Una clave interpretativa

¿Dónde está, entonces, la clave interpretativa de la virtud de la castidad? En la mirada llena de ternura a la persona amada que sabe descubrir su belleza y dignidad. El cuerpo deja entonces de ser objeto de amor para convertirse en verdadero sujeto: se ama con todo el cuerpo y el afecto y la voluntad y la gracia. «La virtud

de la castidad es la virtud que nos permite entregar un amor entero», sin dobleces ni pliegues sobre sí mismo, decía san Agustín. ¡Qué bien entendemos lo que es un amor maduro capaz de entregarse totalmente sin curvarse sobre sí o esconderse en dobles intenciones!

Posaba desnuda una bella chiquilla gitana ante el pintor sin apenas sentir vergüenza. ¿Cómo así? Veía que la mirada del pintor no pretendía usarla, sino sólo expresar la belleza de su cuerpo. Pero cuando esa chiquilla vio asomarse por la ventana a unos mozalbetes curiosos, inmediatamente se cubrió. ¿Por qué? Esta mirada era muy distinta, pretendía satisfacerse en ella, usarla en definitiva. ¿Pero acaso no se refleja aquí la experiencia más clara de lo que es el pudor como una percepción de la dignidad del cuerpo y su sentido esponsal? De esa experiencia arranca la virtud de la castidad, que fascinada por la posibilidad de una comunión recíproca en el cuerpo, va poco a poco integrando y plasmando con paciencia todo el mundo de los deseos y de los afectos, hasta alcanzar la pureza interior.

La pureza del corazón nos permite comprender la belleza de la persona, y acogerla en su totalidad. Es esa presencia del Espíritu Santo en el corazón del hombre la que le permite, poco a poco, ir descubriendo la belleza última de la persona e ir integrando en la caridad conyugal todos los dinamismos del amor. Es entonces cuando los esposos entienden que su cuerpo es templo del Espíritu, y que en la unión de los dos Dios celebra su liturgia santificadora y creadora.

Amar implica un verdadero arte, el más difícil, el más fascinante, el más imprescindible. Como todo arte, se trata de una habilidad personal, adquirida poniendo de nuestra propia genialidad. Un arte que, en definitiva, es Dios quien nos lo regala y cuya acogida en el hombre genera la virtud de los enamorados, la virtud de la castidad.

José Noriega Bastos